

Políticas culturales

Cultura, desarrollo asimétrico

Marcia Scantlebury¹

A partir de la recuperación de la democracia y después de muchos años de inversión estatal, en nuestro país se observa un creciente dinamismo en el quehacer cultural, fenómeno que responde a la ampliación de la oferta y la demanda en campos como la arquitectura, el cine, la literatura, la plástica y las artes escénicas. Estamos asistiendo a una explosión de creatividad y a un aumento del interés del público por visitar exposiciones, montajes teatrales, lanzamientos de libros y cine nacional. Y si bien hay que admitir que el financiamiento a los proyectos culturales sale fundamentalmente del bolsillo del Estado a través de fondos concursables, también es posible constatar que algunas empresas privadas –pocas aún– han comenzado a destinar recursos a las actividades artísticas, convenciéndose de que ello no es un gasto sino una inversión.

El desarrollo del sector no ha sido simétrico. El teatro incrementa su público al galope y cada verano la gestora cultural Carmen Romero, con su *Teatro a Mil*, convierte a nuestra geografía en un gigantesco escenario de las artes escénicas que convoca importantes elencos de diversos países del mundo, potencia la creación y captura el interés del público, que abarrota boleterías en Santiago y regiones para ver obras chilenas, francesas o coreanas. Simultáneamente, hoy pareciera que la punta de lanza del quehacer artístico chileno pasara por la arquitectura, que alcanza altos niveles de excelencia mientras sus exponentes obtienen una catarata de premios en el extranjero.

1 Marcia Scantlebury. Periodista. Se ha desempeñado en tareas de redacción y dirección en diversos medios de Chile y el extranjero. Fue directora de Cultura y actualmente integra los directorios de TVN, el Museo de la Memoria, Fundación Henry Dunant, la Asociación Nacional de Mujeres Periodistas y Fundación Equitas.

Aunque sigue cosechando éxitos a nivel internacional –este año en el género documental–, el cine local solo en algunos casos logra revertir sus anoréxicas cifras de taquilla. Y la industria editorial, si bien tiene dificultades para incrementar sus cifras de lectores, ha dado en el clavo con la literatura infantil. Este año asistimos al boom de la no ficción y al despegue de editoriales independientes que ofrecen atractivas alternativas de publicación y capturan a los escritores más jóvenes.

A un año de la puesta en marcha de la “Ley del 20%”, destinada a dar más espacio en las radios a la música chilena, la percepción del público es que aún se escucha a pocos músicos locales en el dial.

Por otro lado, y contrastando con el momento estelar que vive en el mundo el mercado del arte –las obras batan records de ventas– los artistas y galevistas de la escena local no atraviesan por un buen momento. La falta de recursos para los museos es una de las razones para que muchas exposiciones no lleguen a puerto y el país no logre insertarse con éxito en los circuitos internacionales del arte, como Argentina o Brasil. Esta persistente precariedad parece contribuir también al modesto aumento de la asistencia a los museos, incluso luego de que en 2015 se estableciera la gratuidad en el acceso.

A fines de 2015, el gobierno envió una indicación al Congreso para sustituir la propuesta de un Ministerio de Cultura ingresada por la administración del presidente Sebastián Piñera. Pero la nueva iniciativa desató la ira de los funcionarios de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), que se consideraron pasados a llevar porque el texto no incluía sus opiniones sobre el diseño de su estructura e iniciaron una huelga bastante prolongada.

La lleva la arquitectura

La brillante carrera del arquitecto Alejandro Aravena culminó este año con su obtención del Premio Pritzker, el galardón más prestigiado de esta disciplina, y su designación como el primer Curador General de América del Sur de la Bienal de Venecia.

Consultado sobre su plan para enfrentar este desafío, el profesional, que trabaja con su equipo Elemental, recordó a la arqueóloga María Reiche y su estudio de las líneas de Nazca: “Miraba desde una escalera para tomar distancia. Y espero que esta Bienal ofrezca un nuevo punto de vista como el que Reiche tenía desde la escalera. Dada la complejidad y variedad de los desafíos que la arquitectura debe responder”.

Aravena informó que la Bienal abordará temas contemporáneos como la segregación, las inequidades, las periferias, los desastres naturales y la migración.

Sin embargo, en esta disciplina él no ha sido el único galardonado de nuestros compatriotas. Hugo Palmarola y Pedro Alonso obtuvieron el León de Plata en ese mismo certamen. Smiljan Radic inauguró en el Hyde Park de Londres el famoso pabellón Serpentine Gallery y en los últimos dos años Matías Klotz, Cazú Zegers, Teodoro Fernández, Pezo von Ellrichshausen –la oficina conformada por el chileno Mauricio Pezo y la argentina Sofía Von Ellrichshausen– y Gonzalo Mardones han recibido premios muy importantes.

Hace una década, el cine chileno atravesó por una crisis muy profunda, y aunque en los últimos años ha cambiado el panorama, las películas chilenas siguen sin alcanzar ni el diez por ciento de la taquilla nacional. En la televisión estas realizaciones brillan por su ausencia y los cineastas siguen dependiendo, fundamentalmente, de los fondos concursables que ofrece el Estado.

Hasta noviembre de 2015, la industria cinematográfica local había reunido en las multisalas Hoyts, Cinemark y Cineplanet a 920 mil espectadores, cifra bastante exigua considerando que ese mismo año las visitas al cine superaron los 26 millones (crecieron más del doble en diez años). Es posible concluir que el público ve poco cine chileno, con excepciones como *El bosque de Karadima* de Matías Lira, que llevó 300 mil espectadores, y *Alma*, la comedia de Diego Rougier que reunió el elenco del sitcom de *Casado con hijos* y convocó a 200 mil almas.

A fines de 2015 y en poco más de 30 días se estrenaron nueve películas que, obviamente, compitieron por espacios y audiencias y el resultado no fue alegre. Frente a este panorama poco halagüeño, muchos protagonistas de esta disciplina artística optan por mirar hacia afuera. Y los resultados conseguidos en el exterior por *La Nana*, la nominación al Oscar de *No* o la distribución internacional de *Gloria*, que ayudaron a promover las carreras de Pablo Larraín, Sebastián Lelio, Pedro Peirano, Paulina García o Sebastián Silva, son argumentos categóricos de que en extramuros “se puede”. Después de ganar el Oso de Plata en el Festival de Cine de Berlín con *El Club*, Larraín terminó la filmación de *Neruda* y se dispone a dirigir el remake de *Cara cortada*.

Frente a esta compleja situación hay quienes se preguntan si es primero el huevo o la gallina y si no habrán sido nuestros propios cineastas quienes, por estar mirando más allá de nuestras fronteras, han dejado de esforzarse por sintonizar con la audiencia local. Argumentan que esta reacciona positivamente cuando algo la convoca. Y mencionan como ejemplo a *El Chacotero sentimental*, *Machuca*, *Kramer vs. Kramer*, *La Nana*, *Gloria*, *Violeta se fue a los cielos* y *No*, que en algunos casos han superado la barrera de los cien mil boletos cortados, obteniendo succulentas recaudaciones. Tampoco les ha ido nada de mal a comedias como *Barrio universitario*, *Qué pena tu boda* o *Grado 3*.

Los cineastas califican como una de las medidas más positivas del último tiempo el subsidio a la exhibición que se aplica desde hace más de un año.

Este contempla programas de promoción como el de Cinema Chile, que asegura un mínimo de dos semanas de exhibición en las multisalas a las películas nacionales.

Un panorama más optimista reina en el cine chileno documental y de no ficción. *El botón de nácar* de Patricio Guzmán ganó el Oso de Plata al mejor guión en el Festival de Berlín. Y en el último Sanfic, los premios a mejor película, dirección y valoración del público correspondieron a los documentales *Surire*, de Bettina Perut e Iván Osnovikoff, *Chicago Boys*, de Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano, y *Allende mi abuelo Allende*, de Marcia Tambutti.

Un momento especial de este boom se vivió cuando el cortometraje de animación de Gabriel Osorio, *Historia de un oso*, obtuvo el Oscar. Además, Maite Alberdi sigue ganando hasta hoy premios en diversos festivales de Chile y el extranjero con *La Once*, trabajo que muestra a cinco amigas que llevan sesenta años reuniéndose una vez al mes a tomar el té. Este documental se ha llevado también los elogios de la crítica y ha sido visto por la cifra nada despreciable de 25 mil espectadores.

Tarea pendiente para los documentalistas chilenos es la difusión. Y un paso adelante en este terreno es el que dio la Corporación Cultural de Documentalistas Chilenos al decidir estrenar todos los meses una de sus obras en 17 ciudades y 22 salas de cine desde Arica a Punta Arenas.

Apogeo de la no ficción

El informe que realiza la Cámara Chilena del Libro con los datos de la Agencia Chilena del International Standard Book Number (ISBN) consignó en 2014 que, por segundo año consecutivo, nuestra industria editorial había sufrido una baja. Y en este cuadro poco alentador las más afectadas son siempre las pequeñas editoriales. Es la opinión de Marcelo Montecinos, presidente de la Cooperativa Furia del Libro, quien sostiene que ello sucede porque estas empresas se ven especialmente perjudicadas por sus tirajes limitados y sus libros pequeños de no más de cien páginas. Este es el caso de más de la mitad de la producción editorial chilena.

Este año, sin embargo, el mundo editorial respiró aliviado ante el diez por ciento de incremento que experimentó el sector con respecto al año anterior, revirtiendo así la tendencia a la baja. Esta cifra corresponde al informe estadístico elaborado por la Cámara Chilena del Libro sobre la base del registro de inscripción de títulos. Según el mismo informe, la literatura es la materia más editada, con el 39,12% de los registros y, en esta área, la literatura infantil ocupa el primer lugar, seguida de la narrativa y la poesía. El estudio consigna también 872 autoediciones y, contra todo diagnóstico futurista, solo 560 registros de libros electrónicos.

Entre los motivos del aumento del número de inscripciones, el presidente de la Cámara, Alejandro Melo, menciona la literatura infantil. En el año 2000 los libros para niños eran apenas el 2,60% de la producción total y en el 2015 alcanzan al 10%.

Melo acusa un atraso en los rangos de producción advirtiendo que el 50,22% de los libros registrados durante el año pasado no supera los 500 ejemplares.

El estudio arroja otro dato interesante: el 91,83% de los títulos registrados corresponde a primeras ediciones. Y agrega una noticia bastante alarmante referida a la concentración editorial en la Región Metropolitana, que acapara el 84,22% de los registros, unos 4.802 libros.

Un caso superlativo de anorexia literaria es Chillán que, a pesar de ser la capital del Ñuble en la región del Biobío, hasta el año pasado no contaba con ninguna librería (ahora se anuncia la llegada de una de ellas a la ciudad).

Los últimos dos años han estado marcados en el mundo y en Chile por el apogeo de la no ficción. Emmanuel Carrère bate records de venta y la bielorrusa y premio Nobel, Svetlana Alexiévich, captura a público y crítica con su narrativa testimonial.

En el país, *Un veterano de tres guerras*, de Guillermo Parvex, que recoge las memorias del abogado y oficial del Ejército José Miguel Varela, estuvo 37 semanas en la lista de los libros más vendidos, y *Logia* (sobre la logia lautarina) de Francisco Ortega va en su novena edición. La popularidad de Jorge Baradit, conocido autor de ciencia ficción, sigue sumando público. Su *Historia secreta de Chile* contiene crónicas que abordan desde la faceta espiritista de Arturo Prat hasta la historia del cadáver perdido de Manuel Rodríguez, o Zynco, el proyecto cibernético de Salvador Allende.

Revelaciones de nuestra narrativa contemporánea han sido Paulina Flores con su libro de cuentos *Qué vergüenza* (Hueders), Camila Gutiérrez y Gonzalo Eltesch, autor de la novela *Colección particular* (Laurel). Estos últimos integran el grupo de una veintena de escritores que bordean los treinta y han conseguido animar el panorama de la literatura local. Aprovechando el boom de las editoriales independientes, sus obras hablan de sus vidas de clase media santiaguina, la sexualidad adolescente, el fracaso, historias de vidas mínimas, conflictos sociales o trampas de la memoria.

El pitazo de partida lo dieron Alejandro Zambra con *Bonsai* en el año 2006 y Álvaro Bisama con *Caja negra*. Pero de estos escritores, formados casi todos ellos en la década de los noventa, la mayoría son amigos y tienen un solo libro publicado. Entre ellos, además de Eltesch (1981), se destaca Camila Gutiérrez, quien en la actualidad cursa una maestría en escritura creativa en Nueva York y fue un éxito de crítica y ventas el año pasado. Luego de *Joven y alocada* (lleva-

da al cine) lanzó el año pasado la novela *No te ama*, que muestra la contradictoria intimidad de los jóvenes de hoy.

Otras promesas son Simón Soto (1981), Felipe Becerra, Matías Celedón, Daniel Hidalgo (1983), Diego Zúñiga (1987), Pablo Toro (1983), Cristián Geisse (1977), Juan Manuel Silva (1982), Nancy Bruno y Juan Pablo Roncone (1985).

Capítulo aparte en el tema editorial merece Hueders, cuyos propietarios, Marcela Fuentealba y Rafael López, partieron con tres títulos (entre estos, *Compases al amanecer* de Germán Marín) y en el año 2015 publicaron 28. Comenzaron distribuyendo libros españoles y mexicanos y, a partir de 2010, se convirtieron en una editorial que “la lleva” en nuestra escena local. Hoy publican a Rafael Gumucio, Marcelo Mellado, Roberto Merino, César Aira, Horacio Castellanos, Carlos Peña y Alejandro Zambra.

También su área infantil ha conseguido verdaderos *best sellers*, como *Mira tú* o *El libro gordo de 31 minutos*. Ganó dos de los premios a la edición de la Feria Internacional del Libro de la Estación Mapocho (Filsa): *Amor*, de Gian Berto Vanni, y la medalla Colibrí de Ibbby Chile a la mejor labor editorial, por el relato gráfico de Carlos Reyes y Gonzalo Elgueta, *Los años de Allende*.

La Feria del Libro cumplió 26 años en la Estación Mapocho y cada primavera continúa convocando a autores y lectores. El año pasado sus invitados fueron los países nórdicos, contó con 500 actividades en sus 18 días y la visitaron 280 mil personas.

Este año todo indica que aumentará el público. Porque, hace pocos días, en una reunión entre la Cámara del Libro y el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), en la que participaron el presidente de la asociación gremial, Alejandro Melo, y el ministro de Cultura, Ernesto Ottone, se resolvió que el ingreso a las actividades culturales específicas de la Filsa –en noviembre y con México como país invitado– será gratuita.

Sin embargo, mientras el Festival Puerto de Ideas, el ciclo “La ciudad y las palabras” de la UC y la Cátedra Bolaño de la Universidad Diego Portales traen todos los años a Chile a grandes figuras de la literatura universal, en la Filsa no brillan las estrellas. Y hay quienes sostienen que uno de los grandes problemas que enfrenta este evento, y que limita sus posibilidades de desarrollo, es el conflicto que se arrastra por años entre los editores independientes y la Cámara Chilena del Libro.

Creada en 1950, la Cámara del Libro reúne a 80 socios entre distribuidores, editoriales y librerías, y su finalidad es organizar ferias y encuentros literarios. Pero para sus detractores, esta instancia se concentra fundamentalmente en la Feria, donde sus socios e intereses ocupan un lugar hegemónico. Por ello, a pesar de que sus dirigentes anunciaron que para la última versión las edito-

riales independientes tendrían mayor presencia porque el espacio había sido distribuido en forma más equitativa, la sangre ya había llegado al río.

Los integrantes de otros organismos vinculados al mundo editorial, como Editores Asociados de Chile –que reúne a cerca de 30 editoriales, entre ellas Cuarto Propio y LOM– y Editores de La Furia, compuesta por más de 50 sellos independientes –como Sangría o la Calabaza del Diablo–, ya habían creado nuevos eventos, como La Primavera del Libro, en Providencia, y La Furia del Libro, que el año pasado celebró su novena versión en el Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM).

“El mundo del libro se hace con editores, distribuidores y libreros y la Cámara es la única que cumple ese requisito en el país. Somos una organización inclusiva”, reclamó el presidente del cuestionado organismo, Alejandro Melo. Pero pareciera que esta vez la ruptura no tiene vuelta. Al menos por ahora.

Más música

Luego de ocho años de acalorado debate, que involucró a autores, auditores y radiodifusores, la presidenta Michelle Bachelet firmó la denominada Ley del 20%, que reserva un espacio del 20% en la programación musical de las radios para lo local y de este porcentaje destina un 25% a la música emergente.

Para el presidente de la Sociedad Chilena de Derechos de Autor (SCD), Álvaro Scaramelli, es indudable que esta medida ha derivado en que hoy se escuche más música nacional y que se estén dando a conocer nuevos artistas. Pero, según el “Estudio de música chilena 2016”, encargado por la SCD a Adimark, el 78% de los encuestados considera que todavía se toca poca música chilena en las radios y más del 80% estima que se debería programar un porcentaje mayor a lo que exige la ley. Sin embargo, así como la gente pide más programas culturales en televisión, cuando estos se presentan en pantalla no los consume: el 60% de los consultados escucha poco o nada de música chilena.

En la actualidad, según la Asociación de Radiodifusores de Chile (ARCHI), todas las emisoras cumplen con creces con el porcentaje fijado por la legislación, y desde mayo de 2015 el promedio de música nacional ha estado por sobre la cuota mínima de la ley, empujándose por sobre el 23%. Pero, de acuerdo con los registros de la SCD, solo lo hace el 56% (de 300 radios monitoreadas), cosa que los radiodifusores desmienten.

Explican que la SCD no registra toda la música chilena y hay casos en que canciones que suenan en las radios, especialmente emergentes e independientes, no están inscritas en los registros de esta institución porque los autores desconfían de sus sistemas de medición, reparto y administración, que califican de “un tanto opaca” y sin ningún organismo independiente que audite.

Las multas van desde las cinco hasta las 50 UTM (Unidad Tributaria Mensual), pero aún no hay emisoras sancionadas. Sin embargo, en los próximos días la SCD pondrá en funcionamiento un nuevo software que tendrá una base de datos con 100 mil canciones chilenas de todo tipo y a la que los programadores radiales tendrán acceso.

Promulgada la ley, las radios apostaron por artistas conocidos, como Los Prisioneros, Los Tres, Chico Trujillo y Los Vásquez. Sin embargo, poco a poco el panorama comenzó a cambiar y se asomaron al éxito nombres como los de Francisca Valenzuela con *Prenderemos fuego al cielo* y Gepe, que lidera el listado de canciones más populares, con *TKM*. Estos dos autores han sido los grandes ganadores con la entrada en vigencia de la norma, porque calzan con la parrilla de radios de muy distintos perfiles.

En febrero de 2015, ninguna canción local alcanzaba las 600 reproducciones en el dial, pero después de un año diez temas superan esa cifra. Esto trae consigo un aumento de la recaudación por concepto de derecho de autor. Y hoy, en que las ventas de discos están en bancarrota y solo los show en vivo generan mayores ingresos, esta nueva situación es estimulante para los músicos independientes.

Uno de los grandes asuntos pendientes es la música emergente que, según la norma, debería ocupar un cuarto del 20% de la programación.

Otro de los datos que arroja el informe de Adimark es que en el ranking de los chilenos más tocados siguen apareciendo los artistas tropicales de alcance masivo, como Américo y Noche de Brujas, solistas consagrados como Francisca Valenzuela y bandas históricas como La Ley y Los Prisioneros. Honrosas excepciones de voces nuevas son Augusto Schuster con su último single, *Lloré*, e Iván Alejandro con *Una nueva vida*, el tema de la teleserie *Pobre Gallo*.

Al aumento de la música en el país ha contribuido también el incremento de la infraestructura para la música clásica y la consolidación de algunos escenarios establecidos. Un aporte importante ha sido el teatro de Corpates (CA660) y el Teatro Municipal de Santiago, que ha incrementado su audiencia, fundamentalmente gracias a un ciclo dedicado a Tchaikovsky y a la presentación del pianista ruso y ganador del Grammy, Evgeny Kissin. Otro ruso imperdible fue el violinista Maxim Vengerov, que se presentó en el Teatro de Frutillar. El Teatro Municipal de Las Condes volvió a recibir con éxito de público la temporada Fernando Rosas de la Fundación Beethoven. Otros espacios que han contribuido a esta buena racha son el Teatro Nescafé de las Artes y el de la Universidad de Santiago, mientras que el GAM implementó con éxito y a tablero vuelto un sistema de entradas gratuitas.

Auge mundial, depresión local

Para el 1% más rico de la población mundial, el arte se ha transformado en el sector más atrayente para invertir. Su primer mercado es Estados Unidos (39%), y segundo, en empate, se ubican China y el Reino Unido, ambos con 22%.

Mientras tanto, en nuestro país, la generación de artistas sub 40 promete, pero la mayoría de las grandes muestras del circuito internacional –y del eje São Paulo-Buenos Aires– no llegan a nuestro territorio. En el intento de Argentina por consolidarse como punto fundamental de las artes plásticas en la región, en noviembre del año pasado su Museo de Arte Latinoamericano (MALBA) abrió una espléndida muestra de los mejores trabajos de la última década del belga-mexicano Francis Alys (1959). También se exhibió la escultura *Bailarina* del célebre artista estadounidense y súper ventas, Jeff Koons (1955). Otra muestra importante en la capital argentina fue la exposición de la famosa libanesa británica Mona Hatoum (1952), inaugurada el año pasado.

“Lo que veo es que en Chile hace falta institucionalidad cultural que funcione más vinculada entre ellos y afuera”, dice el director artístico del MALBA, Agustín Pérez Rubio. “Nosotros no tenemos contacto con ninguna institución pública en Chile, nunca se nos han acercado, no sabemos cuáles podrían ser nuestros *partners*”. Asegura que trabajan mucho con México, Brasil, Perú y sostiene que no se entiende por qué Chile está fuera del circuito, sobre todo considerando su solvente economía.

Lo grave es que, para los críticos, el público depende muchísimo de las exposiciones internacionales. Y como en nuestro país no hay un presupuesto estatal adecuado, la situación es compleja. Galeristas, curadores, teóricos del arte y exdirectores de museos comentan la escasez de muestras de calidad internacional que llegan a nuestro país. Sus hipótesis sobre la inercia del sector son varias. Acusan falta de gestión, un mal manejo del Estado, la carencia de una infraestructura adecuada y de buenos programas de mediación.

El profesor de la Universidad Católica de Chile, Pablo Chiuminatto, estima que el problema es la falta de espacios adecuados. El director del Museo de Arte Contemporáneo (MAC), Francisco Brugnoli, considera indispensable construir nuevos edificios porque los existentes datan de fines del siglo XIX, “una incongruencia a la vista”. Para otros, la clave está más bien en la gestión o en la oferta, que dejan mucho que desear.

En carta a *El Mercurio*, el ex secretario ejecutivo del Consejo de Monumentos, Oscar Acuña, comentó: “No hay muestras de calidad, no hay gestión cultural y, obviamente, tampoco hay público”. Según la galerista Isabel Aninat, “la gestión es deficiente a nivel país, del Estado, de los empresarios y de la prensa, que poco o nada cubre las escasas muestras de relevancia que se han traído”.

Y la pregunta queda en el aire: “¿Hace cuánto tiempo no aparece una muestra en la televisión?”

Justo Pastor Mellado advierte categórico que los museos de Bellas Artes y de Arte Contemporáneo dejaron de ser museos y se comportan como galerías de arte, razón por la cual su política de exposiciones es errática y arbitraria. Asegura que, con honrosas excepciones, las exposiciones que se están montando no están a la altura. Las de Joseph Beuys y Marcel Duchamp que trajo el MAC el año pasado no le parecen de primera categoría y califica la muestra fotográfica de David La Chapelle en el MAC como “kitsch de retaguardia”. El galesta Tomás Andreu advierte que no se puede caer en una cultura mendicante que acepte lo que venga. Y, a su juicio, ello sucedió en el caso de la muestra de La Chapelle, que es moda, provocación y no arte.

Para Mellado, los museos buscan recursos en forma improvisada, no presentan proyectos sólidos y tienen una relación fóbica con las empresas que podrían ser fuentes de financiamiento. En su último libro, Mellado critica también el hecho de que la escena del arte se concentre desde Santiago hacia el sur.

No cabe duda de que el público aún no ha sido capturado por la oferta del sector. Y según la última Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural, mientras un 45,2% de los chilenos había ido al cine, solo un 23,6% había visitado un museo en el año 2012. En el caso de los museos regionales la situación es algo distinta, porque han aumentado sus visitas.

Entonces, ¿cómo lograr que los museos atraigan más público? En el Ejecutivo se pensó que la solución sería eliminando el cobro de la entrada y la presidenta Michelle Bachelet anunció que a partir del 1 de marzo de 2015 la entrada a los 26 museos de la Dibam sería gratuita. La apuesta del director de esa institución, Ángel Cabeza, fue que se incrementarían las visitas en un 30%. Pero a un año de vigencia de la medida, los logros son relativos. Algunos museos han recibido más público, otros el mismo y algunos menos. En el caso del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA), a pesar de contar con exhibiciones exitosas como la del Mulato José Gil de Castro (71.277 asistentes) y la de Sergio Castillo (63.885), disminuyó en un 14% su convocatoria.

El director del Museo de Bellas Artes, Roberto Farriol, hace mención a dos exposiciones record en visitas del año 2014: la de Raimundo Larraín y la de Christian Boltanski, patrocinada por la Fundación Mar Abierto, pero que tuvo una anoréxica difusión sobre los méritos del artista y su obra.

El académico, que llegó al cargo por concurso a través del Sistema de Alta Administración Pública, responde a las críticas a su gestión iniciada en el 2011, tras la renuncia de Milan Ivelic, que llevaba 18 años en el cargo. Argumenta que luego de hacer un diagnóstico y entregar un plan de desarrollo estratégi-

co, buscó cambiar la imagen “anquilosada” del museo, modificando el logo y lanzando una llamativa campaña en el Metro. A su juicio, debía cambiarse la idea de “un museo que estaba instalado en la historia y no en la revisión de la historia, lo que es distinto”. A esta apreciación responde también su rechazo a quienes califican la nueva muestra permanente de desordenada y pretenciosa, porque mezcla períodos y autores. Afirma que su idea fue romper el modelo cruzando autores clásicos con fotos e instalaciones modernas. Agrega que el presupuesto de adquisiciones se triplicó desde su llegada y se refiere a la adquisición de más de 80 obras de artistas chilenos; entre estas, la colección completa del Grupo CADA, colectivo clave del arte chileno de los ochenta, y las de autores como Sergio Larraín y Pedro Lira.

A juicio de la exdirectora de la Dibam, Magdalena Krebs, y del exdirector del Museo de Bellas Artes, Milan Ivelic, la asistencia a los museos no depende solo de la gratuidad sino de la falta de recursos para ampliación, mantención y mejoramiento. Este es un diagnóstico ya instalado en el mundo del arte, que considera que los museos administrados por la Dibam disponen de paupérrimos recursos.

Ivelic afirma que cuando el MBA quiere traer una exposición desde el extranjero tiene que financiar el flete del avión, seguros, embalaje o la contratación de un comisario. Son costos que fluctúan entre los 200 mil y el millón de dólares para una institución cuyo presupuesto actual es de solo 1.700 millones de pesos. De allí que montarla requiera una alianza con el sector privado. Y el compromiso de las empresas con el arte es todavía incipiente. Pioneros en esta materia han sido en el último tiempo la Fundación Itaú, que permitió la llegada de las obras de Beuys y de Duchamp. O la Minera Doña Inés de Collahuasi, empresa que financió una exposición de grabados de Picasso en el Museo Baburizza.

Excepción a este panorama preocupante ha sido la muestra de Yoyoi Kusama, artista pop que presentó el año 2014 un espectacular montaje en CA 660 de Corpartes. Tuvo un gran éxito de público (superó las 160 mil visitas en tres meses) y obtuvo el premio de la crítica a la mejor exposición llegada desde el extranjero.

A fines de los años setenta, los artistas de oposición a la dictadura se concentraron en un arte efímero y poco comercial, como las instalaciones e intervenciones. Entre ellos, Alfredo Jaar, Carlos Lepe, Eugenio Dittborn, Voluspa Jarpa, Iván Navarro, el Grupo CADA, Paz Errázuriz, Las Yeguas del Apocalipsis, todos los cuales siguen siendo artistas muy cotizados en el arte local e internacional.

Con menos trayectoria que los anteriores pero también muy cotizados, figuran José Pedro Godoy y Guillermo Lorca (éxitos de venta), representados por Yael Rosenblut, Alejandra Prieto, Patricio Vogel y Gian Franco Foschino.

Entre los emergentes aparecen Manuela Vieragallo, María Edwards, Carolina Illanes y Javier Toro-Blum. Sus representantes son galerías locales como las de Isabel Aninat, Patricia Ready o Isabel Croxatto.

Paralelamente, existe un mercado de arte autogestionado o independiente en que artistas de más de 40 años venden sus obras a precios moderados. Es el caso de Bruna Truffa, Rodrigo Cabezas o Marcela Trujillo.

Los artistas de los ochenta y noventa, como Sammy Benmayor y Bororo, representados por la Galería Trece, Gonzalo Cienfuegos y Carmen Aldunate siguen manteniendo su prestigio y un público fiel. Entre los más jóvenes se perfilan algunos fenómenos de venta como José Pedro Godoy, quien vende grandes obras entre los 3 y 17 millones de pesos, o Guillermo Lorca, cuyos trabajos parten en los 14 millones. Ambos son representados por Yael Rosenblut.

La Dibam en pie de guerra

Desde la administración de Sebastián Piñera, el proyecto de creación de un Ministerio de Cultura ha caminado a paso de tortuga. Iniciativa estrella del ministro Luciano Cruz Coke, ingresó al Congreso cuando finalizaba ese gobierno. Luego, al asumir la presidenta Michelle Bachelet, la ministra Claudia Barattini anunció un nuevo proyecto en los primeros cien días de su mandato, pero solo en enero pasado este ingresó a la Cámara de Diputados, de la mano del nuevo titular, Ernesto Ottone.

El proyecto presentado por Luciano Cruz Coke contemplaba una subsecretaría y dos servicios equivalentes, pero en la actual versión figuran dos subsecretarías (Artes, industrias culturales y culturas populares, y Patrimonio Cultural) y un servicio del Patrimonio que sería el heredero de la Dibam y del Consejo de Monumentos Nacionales.

Apenas conocido el contenido del proyecto, sus detractores pusieron el grito en el cielo, señalando que mientras la iniciativa anterior perseguía una administración central mínima y el refuerzo de los servicios que atienden a la ciudadanía, este generaría una abultada burocracia, pródiga en nuevos funcionarios, oficinas y autos fiscales.

La exjefa de la Dibam, Magdalena Krebs, pronosticó una nueva duplicación de funciones al interior del Estado y sostuvo que las subsecretarías son por definición entes de confianza del gobierno; por tanto, aumentaría el riesgo de utilización de la cultura con fines políticos.

Krebs, que fue la cabeza más visible de las críticas, agregó que la creación de dos subsecretarías consolida una división arbitraria entre políticas de fomento a la creación y las de protección del patrimonio. Y añadió que la propuesta de sustituir la denominación Ministerio de Cultura por "Ministerio

de las Culturas, las Artes y el Patrimonio”, haciendo un reconocimiento de los pueblos originarios –consultados durante la gestión de Claudia Barattini–, le parecía “alambicada”. “Una extraña mezcla de plurales y singulares, conceptos generales y parciales, como si las artes y el patrimonio no fuesen parte de las culturas que se busca promover”.

Krebs sostiene que la propuesta, tal como está formulada en la actualidad, deja en una situación desmejorada el sector patrimonial y, debido a su intrincado organigrama, generará discrepancias, disputas de poder y descoordinación.

El rechazo al proyecto del futuro ministerio que había sido firmado por la presidenta Michelle Bachelet para ingresar al Congreso fue el detonante para que en diciembre del año 2015 la Asociación de Funcionarios de la Dibam decretara una huelga que se prolongó por 26 días. El 23 de ese mes, los dirigentes entregaron a la presidenta una carta donde se pedía la restitución del proyecto original y se solicitaba la salida del director, Ángel Cabeza.

Durante la huelga, los museos de Bellas Artes, Histórico Nacional, de Historia Natural, la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional y la Biblioteca de Santiago permanecieron cerrados. Y en regiones solo el Museo Regional de Atacama y la Coordinación de Bibliotecas Públicas se bajaron del paro. El desenlace fue la firma de un protocolo de acuerdo para crear mesas de trabajo.

Finalmente, el 3 de mayo se le puso suma urgencia al proyecto y desde entonces los diputados tienen un plazo de 15 días para despacharlo.

Según el Observatorio de Políticas Culturales y la Ley de Presupuesto de 2016, la Dibam, de la que dependen 26 museos, recibe algo más del 30% del presupuesto que el país destina a la cultura. El resto, un 69%, está destinado al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), además de los distintos fondos para proyectos artísticos.

Llevado a pesos, el Consejo tiene asignados \$119.672.202.000 mientras la Dibam recibe \$53.779.685.000, que se reparten entre la Dirección de Bibliotecas, el Consejo de Monumentos y los museos. Según parlamentarios, la Dibam, en su condición de apéndice del Ministerio de Educación (Mineduc), sería una especie de “pariente pobre” en la discusión presupuestaria.

Restablecido el diálogo y mientras las mesas de trabajo hacen lo suyo, la Dibam recibió hace unos días la colección más grande y relevante de los últimos años: cerca de 120 libros, primeras ediciones en perfecto estado que reconstruyen la obra esencial del Neruda vivo y que pertenecían al poeta y bibliófilo César Soto. Entre ellos, *La canción de la fiesta* (1921) y el discurso de Estocolmo con motivo de la entrega del premio Nobel en 1971. A ello se agregan 4.500 fojas de documentos históricos de la Colonia y la República, incluido un manuscrito de 1480 firmado por los reyes católicos.

Una linda guinda para esta torta algo pobretona fue que, tras dos décadas de espera, en el año 2010, el Estado incluyó en su presupuesto una inversión de más de mil millones de pesos para construir el Museo Violeta Parra. El 4 de noviembre pasado, cuando se cumplieron 98 años del nacimiento del poeta, se abrieron los 1330 metros cuadrados de superficie y dos niveles del edificio ubicado en Vicuña Mackenna 37, a pasos de la plaza Baquedano.

Sin embargo –y qué duda cabe–, para los protagonistas de la escena cultural chilena, en este sector existen dos fastidiosos cuellos de botella. Primero, la escasez de recursos, aunque están conscientes de que, en los últimos veinte años, estos han aumentado en forma sustantiva. En segundo lugar, apuntan a la inercia legislativa, que sería la causa de que en el año 2015 el 83% de los proyectos de cultura haya dormido en el Congreso el sueño de los justos.

Una vez más, el Observatorio de Políticas Culturales (OPC) concluyó que hasta el 31 de enero pasado el 74% de los 65 proyectos de ley sobre cultura no experimentó en el Congreso ningún movimiento. Y de los 17 que fueron tramitados, cinco fueron solo ingresados. Esto implica que el 83% de las iniciativas ni siquiera se discutió.

Para muchos gestores culturales, esta inercia –los proyectos pasan un promedio de cuatro años sin experimentar avances– es la causa de que el Poder Legislativo no sea visto como determinante en el desarrollo cultural del país, a diferencia de los fondos concursables y otras iniciativas del Ejecutivo.

Con excepción de la Ley del 20% de la música, leyes como la de Monumentos Nacionales o la de Premios Nacionales esperan una oportunidad.

Hoy los ojos están puestos en una iniciativa del senador Alfonso de Urresti para crear una Comisión de Cultura en el Senado, porque la que existe abarca Educación y Cultura y el primer tema acapara la atención. De allí que el mundo cultural espera que esta se arme antes de que ingrese al Senado el esperado proyecto de ley que crea el Ministerio de las Culturas. Afirman que si esto sucede aumentan las probabilidades de que este sea tramitado antes de que concluya la administración de la presidenta Michelle Bachelet.

Este 21 de mayo la prensa dio seguimiento a los compromisos adquiridos el año anterior por la mandataria. Y constató que en lo que concierne a la cultura, esa misma semana Bachelet firmó el proyecto destinado a la creación de un nuevo canal de televisión cultural y educativa, de recepción gratuita y sin publicidad, que entrará a trámite legislativo en junio. Anunció también que en el segundo semestre se iniciará la construcción de la esperada segunda etapa del Centro Cultural Gabriela Mistral y que, desde septiembre, el antiguo Aeródromo de Los Cerrillos albergará al Centro Nacional de Arte Contemporáneo.